

*Los Caballeros de Colón presentan
La Serie Veritas
“Proclamando la fe en el Tercer Milenio”*

Preguntas y respuestas sobre la Eucaristía

Por

Los Obispos Católicos de Pennsylvania

© 2000, Harrisburg PA

Editor General

Rvdo. Padre John A. Farren, O.P.

Director, Servicio de Información Católica

Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Este texto fué emitido por los Obispos Católicos de Pennsylvania. Los Caballeros de Colón se complacen en colaborar en su difusión.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Portada: Cortesía de *The Tablet*, Diócesis de Brooklyn.

**Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor.
Escribir a:**

Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521

Impreso en los Estados Unidos de América

PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE LA EUCARISTÍA

¿Qué nos enseña nuestra fe acerca de la Eucaristía?

Nuestra fe nos enseña que aquello que proclamamos en la Eucaristía, la muerte y resurrección de Cristo, también se hace presente en ese mismo acto por el poder del amor y la bondad de Dios. Éste es el corazón de nuestra fe en el sacramento que denominamos Eucaristía, el santo sacrificio de la Misa, la real presencia de Cristo.

¿De qué diversas maneras se describe la Eucaristía?

El **Catecismo de la Iglesia Católica** comienza el artículo sobre la Eucaristía con una reflexión acerca de los nombres con los que se identifica dicho sacramento. Allí leemos que cada nombre del sacramento “evoca algunos de sus aspectos”. Se le llama “Eucaristía porque es acción de gracias a Dios” (1328). A veces se lo denomina “Fracción del pan” porque Jesús usó este rito, sobre todo, en la Última Cena (1329). También se dice que la Eucaristía es “el memorial de la pasión y resurrección del Señor... el Santo Sacrificio” porque actualiza el sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia (1330).

¿Por qué es la Eucaristía tan importante para la Iglesia?

La Eucaristía se encuentra en el corazón mismo de la vida de la Iglesia. En la celebración de este misterio de fe, Cristo mismo se hace presente ante su pueblo. La Eucaristía, rica en simbolismo e incluso más rica en realidad, lleva intrínsecamente toda la realidad de Cristo y actúa como mediador de su obra hacia nosotros. En pocas palabras, cuando la Iglesia se reúne para adorar a Dios y ofrece el sacrificio Eucarístico, Cristo no sólo está presente de forma real y verdadera en la forma del pan y el vino sino que también continúa su obra salvadora para nuestra salvación.

¿Qué es lo que realmente se hace presente con la Eucaristía?

En la Eucaristía, Jesús ha instituido un sacramento en el que la misma pasión, muerte y resurrección que el sufriría se haría presente nuevamente en nuestras vidas de una forma que nos permite compartir los beneficios de la cruz. Hablamos de la muerte ante el pecado y el nacimiento en una nueva vida porque participamos en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. La Iglesia usa la palabra “re-presentar” (hacer presente nuevamente) para referirse a lo que sucede en la Misa. La frase “santo sacrificio” de la Misa también es exacta porque por medio del sacramento, la muerte y resurrección de Jesús se hacen presentes nuevamente. El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son un único sacrificio.

¿Cuándo y por qué se instituyó la Eucaristía?

Con gran claridad, la *Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia* nos enseña: “Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por

los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera” (SC 47).

¿Qué relación existe entre la Eucaristía y la Última Cena?

Los orígenes de la Eucaristía se encuentran en la Última Cena. El **Catecismo** nos enseña que “para dejarles una prenda de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y de su resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno; ‘constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo Testamento’” (1337). En el contexto de la Última Cena, Jesús instituyó un nuevo sacrificio memorial. Como memorial de su muerte y resurrección en el curso de la Cena Pascual con sus apóstoles, Jesús tomó pan, “pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: ‘Tomen, coman, éste es mi cuerpo’” (Mt 26, 26). De la misma manera, tomó la copa ceremonial de vino, “dio gracias y se la pasó diciendo: ‘Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes’” (Lc 22, 20). Finalmente, les ordenó: “Hagan esto en memoria mía” (1 Co 11, 24).

Al igual que la Cena Pascual, este sacrificio memorial del nuevo orden es tanto sacrificio como comida sagrada. Ambos aspectos son parte, en forma inseparable, del mismo misterio. En una representación sin sangre del sacrificio de la cruz y aplicando su poder de salvación, el Señor se ofrece en el sacrificio de la Misa cuando a través de las palabras de la consagración y la efusión del Espíritu Santo, Cristo está presente en forma sacramental en

la forma del pan y el vino para convertirse en el alimento espiritual de los fieles.

¿Qué significa que Jesús murió una vez y para siempre?

Es verdad que sólo existe un único sacrificio: la ofrenda personal de Cristo en la cruz en el Calvario. Jesús, que fue la víctima de nuestros pecados, se ofreció una vez y para siempre para nuestra redención. “Por eso Cristo es el mediador de un nuevo testamento o alianza. Por su muerte fueron redimidas las faltas cometidas bajo el régimen de la primera alianza, y desde entonces la promesa se cumple en los que Dios llama para la herencia eterna” (Heb 9, 15).

Este gran sacrificio fue ofrecido por Jesús, el sacerdote y víctima, que se ofreció a sí mismo en el altar de la cruz para nuestra redención. Este sacrificio no se debe – y no se puede – repetir, pero se lo puede presentar nuevamente de manera que podamos, en forma sacramental y espiritual, participar en él y obtener alimento espiritual de este sacrificio. Si bien es cierto que no podemos estar físicamente presentes en el Calvario, estamos presentes en un sentido real, sacramental y espiritual cuando participamos en la Eucaristía, ya que los méritos obtenidos para nosotros mediante la muerte de Jesús se nos ofrecen en lo que denominamos el misterio pascual – la pascua de la muerte a la vida.

¿Durante cuánto tiempo hemos celebrado los cristianos la Eucaristía como lo hacemos ahora?

Uno de los aspectos más curiosos de la celebración de la Eucaristía es el hecho de que haya cambiado tan poco a lo largo de veinte siglos. Los elementos esenciales se encuentran en la narrativa de la institución de la Eucaristía tal como se la describe

en los evangelios. La estructura litúrgica de la celebración evolucionó muy rápidamente en los primeros años de vida de la Iglesia, tal como vemos en la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (1 Co 11, 26) y los elementos esenciales se han mantenido sin cambios. Incluso en muchos de los detalles, encontramos hoy en la celebración de la liturgia una identidad con lo que sucedió antes de nosotros durante tantos siglos.

Tal como leemos en la *Instrucción General del Misal Romano*, la Iglesia siempre ha respetado el mandato de Cristo de preparar una gran sala amueblada y lista donde pudiera celebrar con sus miembros la Cena Pascual e instituir el sacrificio de su cuerpo y sangre (Mc 14, 12-16; Mt 26, 17-19; Lc 22, 7-13) y toma bajo su responsabilidad dar directivas respecto de la preparación de las almas de los creyentes y el lugar, los ritos y el texto de la celebración de la santa Eucaristía. Las normas descritas en el misal para la celebración de la Misa de acuerdo con el Rito Romano “constituyen una nueva demostración de este interés de la Iglesia, de su fe y de su amor inalterable al sublime misterio eucarístico” (*Instrucción General*, Introducción, 1).

¿Qué pruebas históricas existen de la celebración de la Eucaristía en las primeras comunidades Cristianas?

Al referirse a la continuidad de la celebración de la liturgia actual respecto de las formas más antiguas, el **Catecismo** presenta para su análisis el texto de san Justino mártir, que vivió en el segundo siglo de la era Cristiana: “Desde el siglo II, según el testimonio de san Justino mártir, tenemos las grandes líneas del desarrollo de la celebración eucarística. Éstas han permanecido invariables hasta nuestros días a través de la diversidad de tradiciones rituales litúrgicas” (1345).

Actualmente, el orden de la Misa convoca al sacerdote que la preside y a la comunidad con quien celebrará la reunión, especial y particularmente los domingos. Este día es el que conmemora la resurrección de Cristo y, por lo tanto, para los cristianos, es el Día del Señor, nuestro día santo, el momento de celebrar el memorial de su muerte y resurrección, que Cristo nos pidió que realizáramos en su memoria.

¿Cuál es el significado de la Liturgia de la Palabra en la celebración de la Eucaristía?

La liturgia se divide en dos partes, la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía. Los domingos y los días festivos, se hacen tres lecturas. La distribución usual es una lectura del Antiguo Testamento, una lectura de los Hechos, las Cartas o el Libro de la Revelación y una tercera lectura, siempre tomada de uno de los cuatro evangelios. En las celebraciones de los días de semana, normalmente se hacen dos lecturas. La primera se toma tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento (fuera de los evangelios) y la segunda lectura es de uno de los evangelios. San Justino escribe: “se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los Recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas” (1345).

Actualmente, en la instrucción de la celebración de la Eucaristía, leemos: “Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, quien anuncia la Buena nueva” (*Instrucción General*, Capítulo Segundo, 9).

Una destacada parte integral de la celebración de la Liturgia de la Palabra es la homilía del sacerdote, acerca de las lecturas o algún otro elemento de la fe y la vida de la Iglesia. Dado que tantos aspectos de nuestra cultura cambian rápidamente, resulta

esencial que las enseñanzas de Cristo se apliquen a las circunstancias de nuestro día de manera tal que los fieles puedan comprender todo lo que conlleva su profesión de fe. La *Instrucción General* nos dice que “su eficacia aumenta con una explicación viva, es decir, con la homilía, que viene así a ser parte de la acción litúrgica” (Capítulo Segundo, 9).

En este punto de la liturgia, se reza como resumen de nuestra profesión de fe el Credo, en el que reconocemos que hemos leído la palabra de Dios y anunciamos que nos unimos a las enseñanzas de Cristo y la profesión de su Iglesia, de manera que podemos proceder a celebrar dignamente la Eucaristía. El sacerdote luego invita a los fieles a ofrecer sus oraciones por las necesidades de la Iglesia, la comunidad y sus preocupaciones personales. Esto se denomina oración de los fieles.

¿Qué significa la Liturgia de la Eucaristía?

La Liturgia de la Eucaristía es el corazón mismo de la Misa. El sacerdote reza sobre los dones, pronunciando una de las oraciones eucarísticas aprobadas, solicita la efusión del Espíritu Santo sobre los dones, recita el texto de consagración, eleva la hostia y el cáliz para que los fieles los reverencien y procede a invocar la pasión, resurrección y gloriosa venida de nuestro Señor Jesús. En este acto sagrado y sacramental, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y nosotros, por medio de nuestra participación en este misterio de fe, compartimos espiritualmente la muerte y resurrección de Jesús. San Justino describe esta elevada oración de acción de gracias y luego destaca: “cuando ha concluido, todos los presentes pronuncian una aclamación diciendo ‘Amén’”.

En su descripción de la Liturgia de la Eucaristía, el **Catecismo** nos dice: “Cumplimos este mandato del Señor celebrando el

memorial de su sacrificio. Al hacerlo, *ofrecemos al Padre* lo que Él mismo nos ha dado: los dones de su Creación, el pan y el vino, convertidos por el poder del Espíritu Santo y las palabras de Cristo, en el Cuerpo y la Sangre del mismo Cristo: así Cristo se hace real y misteriosamente *presente*” (1357).

Luego se procede a la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Leemos en la *Instrucción General* que en este punto de la Misa: “Luego el sacerdote muestra a los fieles el pan eucarístico que recibirán en la comunión, y los invita al banquete de Cristo; y juntamente con los fieles formula, usando palabras evangélicas, un acto de humildad. Es muy de desear que los fieles participen del Cuerpo del Señor con hostias consagradas en esa misma Misa y, en los casos previstos, participen del cáliz, de modo que aparezca mejor, por signos exteriores, que la comunión es una participación en el sacrificio que en ese momento se celebra” (Capítulo Segundo, 56 g, h).

A su vez, el **Catecismo** nos dice: “*La Santa Comunión acrecienta nuestra unión con Cristo*”. El principal fruto de recibir la Eucaristía en la Santa Comunión es una unión íntima con Jesucristo. Por cierto, el Señor dijo: “Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él” (Jn 6, 56). La vida en Cristo encuentra su fundamento en el Banquete Eucarístico: “Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57) (1391).

¿Qué significa la real presencia de Cristo en la Eucaristía?

La fe de la Iglesia respecto de la presencia real de Jesús en la Eucaristía en la apariencia del pan y del vino se remonta a las palabras del mismo Jesús, tal como se las describe en el evangelio según San Juan. En el discurso eucarístico después de la mul-

tiplicación del pan, nuestro Señor comparó el pan ordinario con un pan que no es de este mundo, sino que contiene la vida eterna para aquellos que lo comen. El dijo: “Yo soy el pan de vida... Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne y lo daré para la vida del mundo” (Jn 6, 48.51).

Lo que Jesús nos ofrece es su presencia continua y perdurable cada vez que celebramos la Eucaristía. El pan y el vino se convierten en su cuerpo y su sangre. “Éste es mi cuerpo... ésta es la copa de mi sangre.”

La forma en que Jesús está presente en la Eucaristía no se puede explicar en términos físicos ya que trasciende las necesidades ordinarias de espacio y medida. El hecho de que la persona que está completamente presente en la Misa sea el mismo Salvador Resucitado que está sentado a la derecha del Padre es un misterio supernatural. La condición de Cristo no cambia al hacerse presente en forma sacramental. No es necesario que abandone el cielo para hacerse presente en la tierra.

¿Qué significa la transustanciación?

Al explicar esta doctrina de la fe, el **Catecismo** cita al Concilio de Trento, que resumió nuestra fe católica. “Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transustanciación” (1376).

¿Por qué se guarda la Eucaristía en el tabernáculo?

La presencia real perdura después de la celebración de la liturgia eucarística. Por este motivo hay un tabernáculo en las iglesias. Una vez que se ha distribuido la comunión, las hostias restantes se colocan en el tabernáculo para proporcionar viáticos a aquellos que acuden a la Iglesia en su hora final y también, para presentar un punto concentrado de oración y adoración de Cristo en su presencia real.

Con el correr del tiempo, la reflexión reverente llevó a la Iglesia a enriquecer su devoción eucarística. La fe en que Jesús está realmente presente en el sacramento llevó a los creyentes a adorar la morada de Cristo en nosotros permanentemente en el sacramento. Dondequiera que se encuentre el sacramento, allí está Cristo, que es nuestro Señor y nuestro Dios; por lo tanto, se le debe venerar eternamente en este misterio. Esta veneración se expresa de muchas maneras: en las genuflexiones, en la adoración de la Eucaristía y en las muchas formas de devoción eucarística que ha alimentado nuestra fe.

La popularidad de la fiesta de Corpus Christi (el Cuerpo y la Sangre de Cristo), con sus alegres himnos y procesiones públicas, alentó un mayor desarrollo de las devociones eucarísticas. En ocasiones, el Santísimo Sacramento se retira del tabernáculo en el que se lo guarda regularmente y se lo coloca en el altar para su adoración. Estos períodos de exposición se extienden, en ocasiones, a las horas santas. La tradición parroquial de celebrar un día eucarístico o días eucarísticos (por ejemplo, las Cuarenta Horas de devoción), con la exposición del Santísimo Sacramento y una homilía que atrae una atención particular a este don glorioso y divino, goza de mucha popularidad. Cuando concluyen estas devociones, la congregación recibe la bendición de la

Eucaristía, que se denomina Bendición del Santísimo Sacramento.

¿Por qué es importante que me prepare para recibir la Eucaristía?

Para responder a la invitación del Señor a comer su carne y beber su sangre, el creyente debe estar preparado. San Pablo nos urge a examinar nuestra conciencia. “Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor” (1 Co 11, 27). Antes de acercarnos a la mesa del Señor, es importante reflexionar sobre nuestra vida, pedir el perdón de Dios por nuestras faltas y, si es necesario a causa de un pecado grave, acogernos a la confesión sacramental.

Algunas encuestas recientes indican que una gran cantidad de católicos no comprenden completamente la Eucaristía y, específicamente, la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. Cualquiera sea la causa de esta falta de comprensión de la fe, todos los que se acerquen a la mesa del Señor deben reconocer el significado de sus actos y la importancia de su preparación espiritual. A veces, es tarea de los miembros mayores de la familia, especialmente los padres, analizar con los más jóvenes qué sucede en la Misa y a quién recibimos con la Santa Comunión. En algunas instancias, los abuelos desempeñan un papel único y privilegiado como maestros de la fe, en una época en que la concienciación respecto de la presencia real parece haber disminuido.

¿Cómo debo prepararme para recibir la Eucaristía?

Se ha visto resurgir en muchas parroquias la tradición de que las personas se acerquen a la iglesia temprano, con tiempo para prepararse tranquilamente para la experiencia espiritual de la

Liturgia Eucarística y para recibir a nuestro Señor en comunión. Ésta es una buena costumbre, que todos nosotros podemos adoptar como una forma de fortalecer nuestra propia fe y apreciar con mayor profundidad el misterio en el que se nos invita a participar cuando nos acercamos a la presencia de Dios entre nosotros en la Eucaristía. Estos pocos minutos de tranquila preparación tienen el efecto espiritual de hacer de nuestros corazones una “avenida para el Señor”. Todo lo que necesitamos es un poco de tiempo para reflexionar, recordar qué estamos haciendo y agradecer a Dios por la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

¿Se permite que todos reciban la Eucaristía?

A menudo, en las bodas, funerales y otras ocasiones religiosas en las que se encuentran presentes personas que no comparten nuestra fe, existe la tentación entre los presentes de evitar cualquier tipo de incomodidad, invitando a los no católicos a recibir la Eucaristía. Sin embargo, no se permite a aquellos que no están en plena comunión con la Iglesia, participar en la mesa del Señor como si fueran miembros plenos, que comparten la vida sacramental toda de la Iglesia. El recibir la comunión crea la percepción pública de que se está recibiendo al Señor en plena unidad con la Iglesia católica. Las pautas para recibir la comunión aprobadas por los Obispos de los Estados Unidos se encuentran al final de estas reflexiones.

A fin de ayudar tanto a los católicos como a aquellos que no comparten nuestra fe a actuar en forma apropiada, la Conferencia Nacional de Obispos Católicos ha emitido pautas para recibir la Santa Comunión. Éstas recuerdan a los católicos la necesidad de estar dispuestos en forma apropiada, de hacer ayuno durante por lo menos una hora antes de recibir la Santa Comunión y de estar en búsqueda de una vida de caridad y el amor con sus vecinos. Para otros cristianos, el texto señala que “el hecho de que no

podamos extender una invitación general para recibir la comunión es una consecuencia de las tristes divisiones de la cristiandad. Los católicos creemos que la Eucaristía es un acto de la comunidad celebrante que significa una unidad de fe, vida y culto de la comunidad. La recepción de la comunión de parte de cristianos no plenamente unidos a nosotros indicaría una unidad que aún no existe y por la cual todos debemos orar”.

¿Cómo nos convierte la Eucaristía en el pueblo de Dios?

De la misma manera que nos unimos a Cristo individualmente a través de nuestra participación en el misterio pascual y al compartir el pan y el vino consagrados, la Iglesia es parte de esta celebración de la Eucaristía como el nuevo pueblo de Dios. Somos un pueblo hecho uno con Cristo y uno con los otros precisamente en la Eucaristía. Es por este motivo que el **Catecismo** nos enseña que: “La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma” (1325).

¿Por qué debemos asistir a Misa y recibir la Eucaristía?

Dado que nos constituimos en la familia de Dios – el pueblo de Dios, su Iglesia – precisamente por nuestra participación en la Eucaristía, no podemos convertirnos en el nuevo cuerpo de Cristo como un miembro pleno y saludable sin compartir la Eucaristía. Cada domingo en que se conmemora el día en que Jesús resucitó de entre los muertos, los fieles se reúnen no sólo para profesar la fe sino también para renovar la vida de Cristo en su interior. Nos reunimos no como individuos aislados unos de otros, sólo relacionados con Dios, sino precisamente como la familia de Dios, interrelacionados unos con otros y, a través de la Iglesia, relacionados con Dios, hechos uno en la Eucaristía.

Por este motivo, la Iglesia convoca a los creyentes a celebrar el gran don de Dios con nosotros en la Eucaristía todos los domingos. El ausentarse de la Eucaristía del domingo es disminuir la propia vida espiritual – la propia comunión con el nuevo cuerpo de Cristo, la Iglesia. Celebramos la Eucaristía como una familia de fe, como la Iglesia, los domingos porque es allí donde encontramos nuestra identidad, nuestra unidad y nuestro ser como miembros del cuerpo de Cristo, miembros de su Iglesia.

* * *

Algunos pensamientos finales

Al concluir sus enseñanzas sobre la Eucaristía, el **Catecismo** nos recuerda que también es “la esperanza de la gloria por venir.” “De esta gran esperanza, la de los ‘cielos nuevos’ y la ‘tierra nueva’ en los que habitará la justicia (2 Ped 3, 13), no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto que la Eucaristía” (1405). El **Catecismo** concluye con una referencia a San Ignacio de Antioquia: “En efecto, cada vez que se celebra este misterio, ‘se realiza la obra de nuestra redención’ y ‘partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre’” (1405).

Nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, nos enseña, en su hermosa exhortación apostólica *La Iglesia en América*: “La Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo. Por ello los Pastores del pueblo de Dios en América, a través de la predicación y la catequesis, deben esforzarse en dar a la celebración eucarística dominical una nueva fuerza, como fuente y culminación de la vida de la Iglesia, prenda de su comunión en el Cuerpo de Cristo e invitación a la solidaridad como expresión del mandato del Señor: ‘que os améis los unos a los otros, como yo os he amado’” (Jn 13, 34) (35). Sus palabras

deberían ayudarnos a todos nosotros, obispos, sacerdotes, diáconos, hombres y mujeres consagrados y hombres y mujeres fieles laicos a renovar nuestro compromiso de agradecer a Dios el extraordinario don de la presencia de Jesús en la Eucaristía.

Pautas para recibir la Comunión

El 14 de noviembre de 1996, la Conferencia Nacional de Obispos Católicos aprobó las siguientes pautas para recibir la comunión. El objetivo de estas pautas es recordar a todos aquellos que asistan a las liturgias católicas las normas de disciplina de la Iglesia vigentes respecto del acto en que se comparte la comunión eucarística.

Para los católicos

Como católicos, participamos plenamente en la celebración de la Eucaristía cuando recibimos la Santa Comunión. Se nos alienta a que recibamos la comunión con devoción y frecuentemente. A fin de estar adecuadamente dispuestos a recibir la Comunión, los participantes no deben estar en conciencia de pecado grave y, normalmente, deben haber hecho un ayuno de una hora. Las personas que tengan conciencia de estar en pecado grave no deben recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor sin acudir antes a la confesión sacramental, a no ser que concurra un motivo grave y no haya oportunidad de confesarse. En este caso, deben tener presentes que están obligadas a hacer un acto de contrición perfecta, que incluye el propósito de confesarse cuanto antes (cánon 916). Se alienta a todos a recibir frecuentemente el Sacramento de la Penitencia.

Para nuestros hermanos cristianos

Damos la bienvenida a esta celebración de la Eucaristía a otros cristianos como hermanos y hermanas. Oramos para que nuestro

bautismo común y la acción del espíritu Santo en esta Eucaristía nos unan entre nosotros y contribuya a disipar las tristes divisiones que nos separan. Oramos para que éstas disminuyan y, finalmente, desaparezcan, conforme a la oración de Cristo de “que todos sean uno” (Jn 17, 21).

Dado que los católicos creemos que la celebración de la Eucaristía es un signo de la realidad de la unidad de nuestra fe, vida y culto, normalmente no se permite que los miembros de aquellas iglesias con las que no estamos aún plenamente unidos reciban la Santa Comunión. A fin de compartir la Eucaristía, en circunstancias especiales, con otros cristianos, se requiere un permiso conforme a las directivas del obispo diocesano y las disposiciones del derecho canónico (cánon 844 § 4). Se urge a los miembros de las Iglesias Ortodoxas, la Iglesia Asiria Oriental y la Iglesia Católica Nacional Polaca a respetar las disciplinas de sus propias iglesias. Conforme a la disciplina Católica Romana, el Código de Derecho Canónico no presenta objeciones a que los cristianos de estas iglesias reciban la Comunión (cánon 844 § 3).

Para aquellos que no reciben la Santa Comunión

Se alienta a todos aquellos que no reciban la Santa Comunión a expresar en sus corazones un deseo piadoso de unidad con el Señor Jesús y con el prójimo.

Para los no cristianos

También damos la bienvenida a esta celebración a aquellos que no comparten nuestra fe en Jesucristo. Si bien no podemos admitir que reciban la Santa Comunión, les pedimos que consagren sus oraciones a la paz y la unidad de la familia humana.